



Sin título (fragmento) | Joel Alcázar

Suni

Montserrat Campos Sánchez
Universidad Lasallista Benavente, Celaya, Gto.

No estoy sola. Hay alguien aquí
 que tiembla.

Alejandra Pizarnik

Quería ir a la ciudad de México. Tomar el metro, bajarme en la Raza y caminar por ese pasillo de planetas y fotografías de especies en extinción; de argumentos darwinianos sobre cómo en la quinta generación desaparecerá todo mi árbol genealógico; un guiño de que estuve viva, odiando el año 2019 donde me siento tan inútil frente a la invasión tecnológica: iPhone, WhatsApp, Mac, Tablet, TikTok... ¡Cómo odio no ser considerada *millenia!* Bien puedo hablar como ellos y decir: ¿qué onda weee? Después cambiar de metro con destino a Balderas. Nacer otra vez. Los vagones son conductos por donde eres arrojado. Expulsado para recibir cientos de palmadas, no sólo en las nalgas, sino en los brazos, la cabeza, las rodillas.

(No se vale llorar en el metro. No se vale estar cerca de la línea amarilla).

—Suni —le digo mi nombre a la señorita que mira con mucha atención la fotografía pegada en la credencial que le muestro.

—¡No eres tú! —me dice con malicia la mujer de uniforme.

Me retiro indignada de la taquilla. Ahora soy yo la que mira la fotografía. Me detengo frente a un ventanal y comparo el reflejo de mi rostro contra el que me observa sobre mi mano: la nariz de mi abuela, los ojos rasgados de mi padre, mi frenillo que hace que mi



boca se vea más grande de lo que es. Es cierto que hay un par de arrugas en mi frente, pero es por el movimiento involuntario de la piel cuando siente los rayos UV.

Detengo a un hombre en el pasillo:

—¿Verdad que soy yo? —el hombre sonrío y mueve la cabeza hacia los lados.

Es tarde, el autobús está a punto de salir. Intento llegar a otra taquilla.

—Un boleto a la ciudad de México con credencial de estudiante —le digo a la mujer que coquetea con uno de los choferes.

Ella sin ver la fotografía, teclea el nombre que le doy en la computadora. Detiene la credencial en su mano y la mira, hace una mueca como de duda.

—Soy yo —me adelanto—. En esa foto traigo el cabello suelto y era más joven. He bajado de peso.

Pienso que son explicaciones innecesarias. Ella despreocupada imprime el boleto. Avanza la fila. Delante de mí, una alemana intenta recoger un labial que se le cayó al piso sin doblarse por completo; no quiere que sus nalgas europeas terminen en el zíper de cualquier me-ji-ca-no. Atrás de ellos, una mujer embarazada gira la cabeza para recibir un beso que cursivamente atraviesa el cristal de la sala de espera. Avanzamos. La chica que revisa los boletos y da los aperitivos es muy esbelta y carismática. Si yo fuera bonita podría tener su trabajo: *¡Buenos días! ¿Asiento 25? ¿Jugo o refresco?*

Es mi turno. Zulema (leo su nombre en la solapa) me pide la credencial de estudiante. Debí decir que no la traía y a estas horas estaría en mi aventura subterránea; con un mensaje de texto le avisaría a Ana que la espero como las últimas veces en la entrada de Bellas Artes. Enseguida llegaría con sus botas de charol y su impermeable naranja. Correríamos a un bar —en verano la ciudad es como una isla— y yo pediría con orgullo una *ChelaLibre*. Ahora que somos engañados con anuncios sobre derribar muros y desfronterizar-nos (me desfronterizo en tus muslos, Ana, en tus brazos tatuados) debemos apoyar a las pequeñas industrias, a los jornaleros robustos que cultivan la cebada para nuestra salud.

Zulema observa la fotografía. Quería decirle que su nombre era como un arcoíris en el patio de un kínder, que cualquiera podría perderse en la oscuridad de sus ojos. Que...

—¡Esta chica no eres tú! —escucho una voz chillona que derriba la ensoñación de hace un momento.

—¡Por supuesto que soy yo! En esa foto traigo el cabello suelto, y era más joven, he bajado de peso —cada vez tardo más en terminar la oración: he bajado de peso.

Ana suele angustiarse por brincar de la talla 5 a la 7, de la 7 a la que no es 9, pero tampoco 7, ¿8? Para mí siempre fue perfecta, desde esa vez que desbordamos el autobús en un pueblo cerca de Oaxaca. Íbamos a un encuentro de poetas. Ana estaba distraída, desaparecía entre las otras mujeres que levantaban sus alas para presumir sus pequeños logros burgueses. Ana leyó con una voz tan triste que lloré por ella y por mí en la habitación del hotel. Para entonces, éramos un nombre en las páginas de una antología, un licor de mezcal en una antigua cantina. Temblaba al imaginarme enredada en sus piernas, cobijadas con ese abrigo amarillo que después pude oler tan cerca.

De pronto estaba rodeada por la supervisora del Primera Plus, el gerente de la central camionera, un vigilante, un par de curiosos y dos ojos oscuros que saltaban de una persona a otra.

—¿Podrías mostrarnos tu INE para corroborar tu fotografía? —me dijo el gerente con voz imperativa.

—La perdí —dije, y sonreí cuando me encontré inmersa en ese bosque que llamamos memoria.

El autobús no pudo esperar a que terminaran de interrogarme. Ni un solo pasajero abrió la boca para cuestionar el por qué me negaban realizar el viaje.

Suni: mi nombre es igualito a un zumbido de mosco. Fui nombrada así por la ocurrencia de mis padres que quisieron unir el comienzo de sus nombres: Susana y Ni No Kuni. Mi padre era oriental, quizá por eso la rigidez de su rostro, su trato frío, el silencio que lo invadía cada que llegaba a casa. La muralla que nos dividía no era cultural sino ancestral. Nos odiaba. Odiaba a mi madre por haberle servido un café en el Sanborns donde él esperaba a un cliente; a su cadencia latina que lo sucumbió a un placer que sólo sintió cuando



vio a esa pajera extranjera besarse en la estación Shinagawa. Tardó más en aprender nuestro idioma que mi madre en entender que la palabra 'sayonara' no era sólo una despedida sino un documento que dice: "divorciada"; otro que dice: "fase depresiva con estados psicóticos". Dejé de llamarme Suni, me convertí en un "sssss" que la enloquecía a mayor velocidad.

Zulema me lleva con la señorita que me vendió el boleto y le pide que lo cancele. Recibo doscientos veinte pesos en efectivo. De vuelta con mis captores, me piden que no intente comprar otro boleto hasta que no consiga un documento oficial con fotografía. No digo nada, espero a que se retiren y voy ahora a la taquilla de ETN. Si abordo otro autobús, podré encontrarme con Ana en la estación Insurgentes. Caminar en la Zona Rosa para camuflarnos con las otras parejas. Tomar la mano de Ana y dirigirnos con libertad al hotel Fortanelli.

(Ana, mis manos bailan con tus senos una melodía lenta.)

—Un boleto con credencial de estudiante a la ciudad de México —la mujer mira la fotografía. Leo en sus ojos que juega a encontrar diferencias entre la chica de la credencial y yo.

—Eres Suni, ¿verdad? —me dice con voz maternal— me avisaron que probablemente vendrías a comprar un boleto. Temo que no podré ayudarte. No eres tú la de la fotografía.

—¡Pero soy yo! En esa foto era más joven. He bajado de peso. ¡Mira! —le quito la credencial y trato de encontrar las facciones que hace un rato vi reflejadas en el cristal.

Suni: mi rostro es una mancha gris sobre un nombre que no es el mío. Suni: tengo 45 años y la chica de la credencial es una joven de 20.

Siento la inmensidad del tiempo caer de pronto sobre mí, mis captores llegan para acompañarme a la salida.

(Suni, ¿cuántas veces vendrás a querer abordar el autobús?)

Afuera de la central, las personas deambulan sin mirarme. Estoy a punto de volver a casa cuando recuerdo que Ana me espera en Bellas Artes, en el metro Insurgentes, en la terraza del Péndulo, en el hotel Fortanelli, en una antigua cantina de la ciudad de Oaxaca.

Ana Piedras y Suni Fujimori, son sólo nombres en el índice de un libro.

Cuento: **Suni.** Montserrath Campos Sánchez

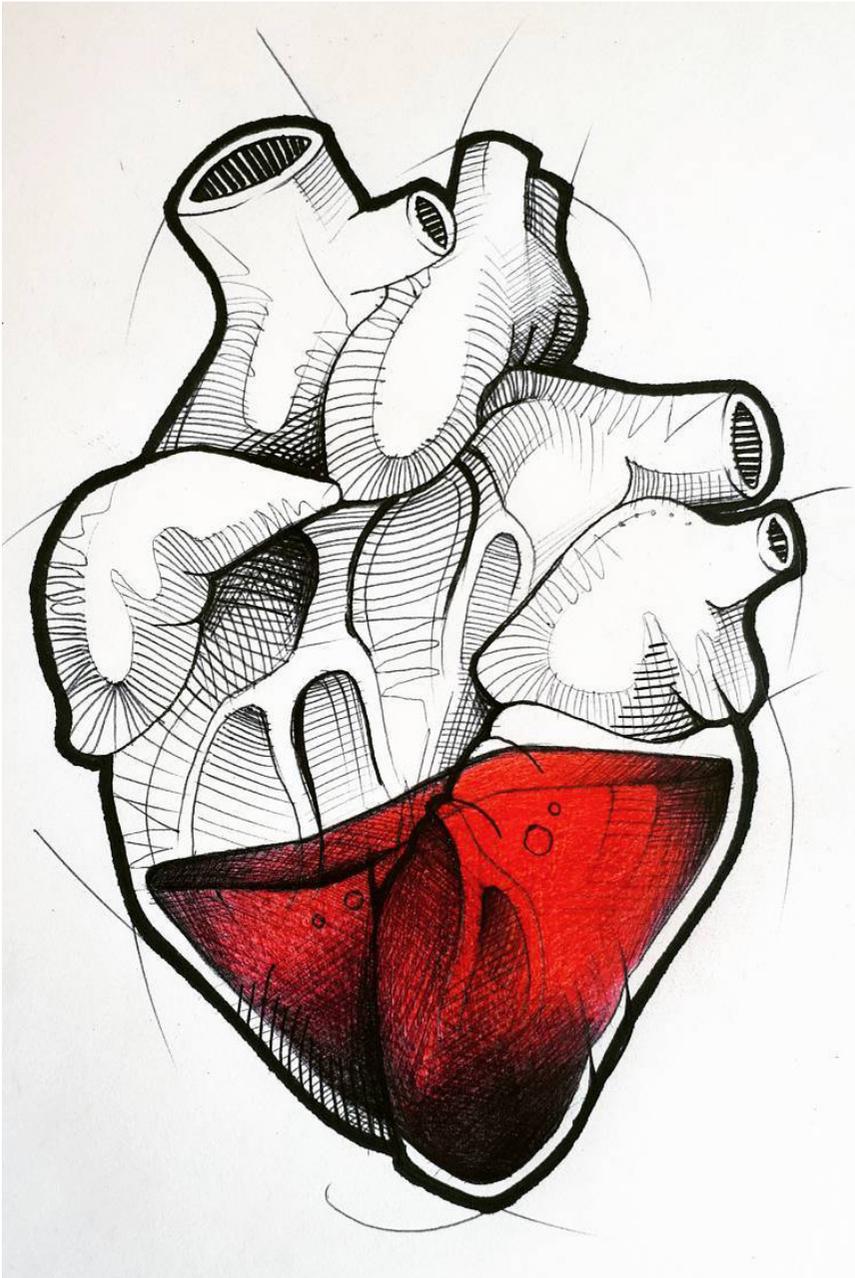
Recepción: Marzo 02 de 2022

Aceptación: Junio 30 de 2022

Montserrath Campos Sánchez

Correo electrónico: montserrath22@yahoo.com.mx

Nacionalidad: Mexicana. (Celaya, Guanajuato 1984). Poeta y narradora. Maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Adscripción laboral: Docente de Literatura y Lengua española en la Universidad Lasallista Benavente, Celaya, Gto. Ha publicado los poemarios *Duermevela* (Editorial La Rana, 2011) y *Dos Infancias* (Editorial la Rana 2019), así como el libro de cuentos *¿Quién es Paola Vargas?* (Ficticia, 2016). En el 2019 recibió Mención Honorífica en los Premios León 2019, en la categoría de cuento corto. Y en el 2020 el primer lugar en el concurso de cuento nacional de la Fundación Elena Garro. Fue becaria del Programa para el estímulo de creación literaria del estado de Guanajuato en la categoría de escritores con trayectoria emisión 2021.



Sin título
Artista: Joel Alcázar